

# El Ballet Cubano en la URSS

Anna Ilúpina

Veinticinco años es una magnífica edad. La lozanía y la madura maestría aparecen como características simultáneas. Esto constituye la virtud fundamental del ballet cubano. El aniversario que celebra el Ballet Nacional de Cuba es un motivo de júbilo también para nosotros, porque cuantos apreciamos el arte coreográfico rendimos hoy un tributo de respeto y gratitud a las últimas realizaciones de la compañía cubana. Además, al conmemorar esa fecha, quienes vivimos en los países socialistas (y quizás otros muchos) nos percatamos con honda satisfacción de cuán benéficamente han repercutido los cambios sociales en el desarrollo del arte en general y del ballet en particular.

He aquí por qué, al ponerme a escribir este artículo, evoqué mi primera plática con Alicia Alonso. Nos entrevistamos el 17 de enero de 1958, ya muy avanzada la noche, en el hotel moscovita "Metropol". La célebre bailarina acababa de regresar del Bolshoi, en cuya escena actuó en *Giselle*. Bailó con la perfección que le es inherente. Hasta quienes habían tenido noticias del extraordinario don que posee esta bailarina cubana, quedaron extasiados al verla actuar. Desde luego, a raíz del espectáculo, Alicia se veía cansada y emocionada. Pero, cuando yo le pregunté por sus planes y sueños, pareció olvidar su fatiga. Con tanta pasión y con tanto entusiasmo me habló de que creía posible hacer resurgir el ballet cubano y fundar una escuela nacional tomando como modelo las escuelas coreográficas de la URSS, que en mi cabeza surgió todo un panorama del futuro ballet cubano.

Pasaron tan sólo dos años. El elenco cubano presidido por Alicia, Fernando y Alberto Alonso vino a actuar a la URSS. Quedamos prendados, ante todo, de la inspirada maestría que mostró la propia Alicia y también nos maravilló la variedad de su repertorio.

No todas las piezas fueron puestas en escena de modo igualmente perfecto e irreprochable, pero todas dejaron ver que sus intérpretes aspiraban ardientemente a encontrar su propio camino en el complicado arte de ballet. Vimos la deliciosa

representación de *Coppélia*, la romántica de *Giselle*, la encantadoramente cómica de *La fille mal gardée*. Son ballets que vienen poniéndose en escena durante siglos y actualmente son muy conocidos y queridos por el público soviético. Pero en espectáculos que, al parecer, nada podía haber de interesante para nosotros, con gratitud el público más diverso los acogió como nuevos. Esto se produjo, sobre todo, porque los cubanos supieron imprimir a obras viejas el hálito de lo nuevo, el hálito del entusiasmo y del optimismo.

Nos volvimos a ver al cabo de otros cuatro años. Resultó muy grato escuchar cómo los amigos cubanos elogiaban a Azari Plisetski, quien acaba de regresar a la patria después de haber trabajado con éxito diez años en Cuba. Aquella vez los baletómanos soviéticos se dieron cuenta de cuán intensa había sido la evolución artística de la compañía de Alonso. Sus actuaciones obtuvieron gran éxito: el público acogía con entusiasmo obras clásicas y espectáculos tales como *El sombrero de tres picos*, *Calaucán* y *Pulpería*.

En *El sombrero de tres picos* el público quedó maravillado por la deliciosa música, el jocoso contenido y, principalmente por la actuación y la danza de Alicia Alonso que de modo inesperado apareció igualmente perfecta y espontánea en las danzas de carácter, con tacones, que en la acostumbrada coreografía clásica de puntas. El registro del arte de Alicia Alonso —desde la *Odile* en *El lago de los cisnes* hasta la *Molinera* en *El sombrero de tres picos*— sorprendía y cautivaba.

*Calaucán* sorprendió al público con su carácter exótico. El sonido peculiar de los instrumentos de percusión y la coreografía realizada a base de las antiguas danzas de las tribus indias suscitaron interés extraordinario. *Pulpería* nos mostró la vida de los gauchos. El septeto coreográfico masculino nos dejó la impresión de un cuadro cuyo talentoso autor conocía perfectamente la naturaleza. Al actuar en el papel protagónico, Azari Plisetski nos hizo ver que en La Habana había recibido un pulido perfecto. Además, las actuaciones del ballet cubano en 1964 mostraron con toda claridad



1 Alicia Alonso y el primer bailarín leningradense V. Simeonov, interpretando "Giselle" con el Teatro Bolshoi.

2 Maya Plisetskaya y Serguei Rádchenko en una escena de "Carmen" de Alberto Alonso y Bizet-Schedrín.

3 Laura Alonso y Azari Plisetski en "Pulperia", ballet basado en el folklore argentino. (Foto: Osvaldo Salas).

4 Ekaterina Furtseva, ministra de cultura de la Unión Soviética, y la gran Galina Ulánova, felicitan al ballet cubano al concluir una representación.



El bailarín del Teatro Kírov, Sviatoslav Kuznetsov, interpreta "El lago de los cisnes" con Alicia Alonso y el Ballet Nacional de Cuba.

que en este elenco se estaban formando figuras de brillante individualidad, tales como Josefina Méndez, Aurora Bosch, Loipa Araújo, Mirta Pla, etc.

Desde entonces, cada nuevo encuentro con el ballet cubano nos hacía ver lo serios que son sus propósitos artísticos y creer que esta escuela lograría mayores éxitos. Cuando llegaron por tercera vez, encontramos ya un verdadero teatro coreográfico. Su repertorio comprendía espectáculos que ya habíamos conocido, y otros nuevos. Entre los últimos, el más brillante fue **Carmen**. El compositor soviético Rodión Schedrín adaptó la famosa ópera de Bizet e hizo una moderna música para ballet. El coreógrafo cubano Alberto Alonso montó ese ballet en Moscú para Maya Plisétskaya especialmente. Este espectáculo se convirtió en símbolo de amistad y lazos espirituales entre los artistas de ballet de nuestros dos países.

Podría aducir muchos exponentes de la alta apreciación que la prensa y el público soviéticos dieron al ballet cubano. He aquí lo que escribió el diario **Izvestia**:

Al experimentar profusamente en la danza moderna y al agregar todos los años a su repertorio espectáculos nuevos, de un nítido

carácter popular e idiosincrásico, los cubanos cuidan con esmero el acervo clásico. **El Grand pas de quatre**, montado por Alicia Alonso sobre la música de Pagni, muestra su don de comprender la diversidad estilística de las obras clásicas. En esta miniatura deleitan, ante todo, la finura y sutileza con que Josefina Méndez, Mirta Pla, Loipa Araújo y, desde luego, Alicia Alonso, al presentar las famosas bailarinas del pasado, trasuntan el estilo de la coreografía romántica con sus "poses" y semitonales ligeras y diáfanas...

No creo necesario detenerme en los detalles del cuarto y muy reciente encuentro que con el ballet cubano celebró el público soviético. Se verificó a una escala más amplia que los anteriores: la compañía actuó en Moscú, Kíev, Odesa y Leningrado. Todas estas ciudades poseen compañías coreográficas propias que son perfectas y el público es exigente, ducho y hasta caprichoso. Los artistas cubanos cosecharon allí muchos aplausos. Lamentando la ausencia de la favorita de todos, Alicia Alonso, los entendidos en ballet admiraron el hecho de que ella educara una compañía que puede acometer las más complicadas tareas artísticas y desempeñarlas al más alto nivel profesional. (APN)